

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 25 de Diciembre de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 52

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.
Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.



EXCMO. SR. D. MIGUEL VILLANUEVA Y GÓMEZ

SUBSECRETARIO DE LA PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS

(DE FOTOG. DE EDG. DEBAS)

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por J. G. M.—*Excmo. Sr. D. Miguel Villanueva*, por Fernando del Toro y Saldaña.—*Mi Nochebuena*, por Alejandro Larrubiera.—*Mariana*, por Francisco F. Villegas.—*Calderón y Shakespeare*, por Rafael Torromé.—*Nuestras ilustraciones*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

FOTOTIPIAS: Excmo. Sr. D. Miguel Villanueva y Gómez.—El fisgón.—La Plaza Mayor de Madrid en los días de Navidad.—Nochebuena.—Instalación de los Estados Unidos de América.—Don Pelayo.

CRÓNICA



El instinto del pueblo ha encerrado más filosofía que pudieran haberlo hecho Kant, Hegel y toda la caterva de metafísicos en la siguiente copla popular, que cuadra aquí como anillo al dedo:

El año nuevo se viene
y el año viejo se va;
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

El año nuevo se viene con sus eternas ilusiones y sus halagüeños proyectos, que nunca hemos de realizar; desaparece el año viejo llevándose consigo nuestras luchas y dolores; pero no el recuerdo de ellos, que persistirá en la memoria como pesada carga; nosotros vamos caminando con el transcurso de los años al cumplimiento de nuestro destino, que es la muerte, aunque muchos crean y piensen que lo son las riquezas, los títulos y honores, las posiciones sociales... ó un distrito para las próximas elecciones de diputados y senadores.

Siga la comedia humana, sigan las cruentas luchas como si nos disputáramos algo que valiese la pena; en el fondo de todo sólo existe una verdad inmutable:

que nosotros nos iremos
y no volveremos más.

* *

Mil y mil felicidades á nuestros favorecedores con motivo de las Pascuas; á estas horas ya habrán digerido sus correspondientes raciones de pavos, besugos, turroneos y vinos de excelentes marcas.

También esto es engañoso y deleznable; un amigo mío, filósofo á su manera, me decía uno de estos días pasados, señalándome los puestos de turroneos, frutas y aves que hay en la Plaza Mayor:

—¿Tú crearás que esta época del año es el agosto de los confiteros, de las fondas y demás comercios de comer y beber?

—Así lo creo,—le dije.

—Pues te equivocas; la estadística demuestra que quienes hacen el oro y el moro en estos días no son ellos.

—¿Pues quiénes son entonces?

—Los boticarios; hay más indigestiones que comilonas, aunque la cosa te parezca increíble; y la razón es muy sencilla: con 100 gramos de turrón no se llena el estómago; pero hay en esa cantidad el bastante veneno para perturbar las funciones digestivas.

* *

En el *Nuevo Teatro Crítico* de la insigne escritora Doña Emilia Pardo Bazán, leo lo siguiente:

«No les dije á los lectores del *Nuevo Teatro Crítico* que iba á ser muy ardua la empresa de fallar en el Certamen de las «Mil pesetas por un soneto.» Delicado de salud y reñido momentáneamente con las tareas literarias D. Juan Valera, solicitado por intereses universales y por empresas hercúleas Emilio Castelar, hasta la fecha no han podido revisar las composiciones presentadas para optar al premio. Espero que las lean de un momento á otro, y lo deseo muy de veras, porque en cuestiones de esta índole la premura vale casi tanto como el acierto. Pero, ¿cómo ha de ser? El tiempo, para ciertas personas muy altas, es un capital preciosísimo y siempre escaso; y bien conozco que ni el autor de *Pepita Jiménez*, ni el gran tribuno, pueden derrochar media hora.»

¿No les dije á Uds. que las 1.000 pesetillas del Certamen se darían para el año de gracia de 1992?

Porque el Sr. D. Juan Valera se va ahora de Embajador á Viena.

Y en cuanto al Sr. Castelar, recuerdo que hace doce años (¡doce años!) que D. José Echeagaray le entregó su discurso de ingreso en la Academia para que le contestase en otro, y... en efecto, al cabo de esos doce años resulta que el Sr. Castelar ha perdido el manuscrito del aplaudido autor de *O locura ó santidad*.

Sr. D. Ubaldo Vizoso, ¿por qué no resuelve usted el conflicto nombrando otros dos individuos que, como la Sra. Pardo Bazán, tengan más... tiempo para cumplir con los compromisos que voluntariamente contraen?

J. G. M.

EXCMO. SR. D. MIGUEL VILLANUEVA



El nombre que encabeza estas líneas es uno de los más ilustres y de mayor prestigio en el partido liberal, donde ha figurado siempre y conseguido muchos y gloriosos triunfos en su brillante carrera política.

D. Miguel Villanueva nació en Madrid el día 31 de Octubre del año 1852, siendo sus padres el Excmo. Sr. D. José Villanueva y Montoya, Magistrado y Fiscal de la Audiencia de la Habana, y la virtuosa señora Doña Josefa Gómez. De su señor padre recibió con la vida el espíritu liberal de que ha dado constantes muestras en su carrera; con aquél pasó á la isla de Cuba, donde, como dice el mismo Sr. Villanueva constantemente, nació á la vida intelectual y del trabajo, debiendo á aquellas hermosas provincias españolas cuanto ha sido en la esfera social y política.

A los diez y ocho años de edad tomaba la borla de Doctor en la Facultad de Derecho, habiéndose distinguido tanto en las aulas por su aplicación y excepcional inteligencia, que antes de cumplir los veinte explicaba en la Universidad de la Habana, á cuyo claustro sigue perteneciendo, varias asignaturas de dicha Facultad, especialmente la de Derecho Civil Español de la que vino á ser catedrático numerario.

Su calidad de profesor le captó las simpatías de toda la juventud cubana, en medio de la cual vivió siempre respetado y querido durante la larga y azarosa época de la guerra separatista; sus trabajos de bufete, no obstante sus pocos años, fueron tan numerosos como importantes, colocándose en primera fila entre los abogados más notables del país.

La sinceridad de su carácter, su rectitud moral, su acrisolada lealtad y su vasta ilustración le elevaron bien pronto de la generalidad, y al implantarse en Cuba el nuevo régimen político á consecuencia de la memorable paz del Zanjón, el partido Unión Constitucional le eligió concejal del Ayuntamiento de la Habana contra su voluntad y deseos, pues temía y le arredaban las luchas políticas, recordando el doloroso y triste estado á que suelen conducir á los hombres honrados que la profesan, y que en más de una ocasión pudo apreciar en su infancia, no muy distante del hogar doméstico.

Pero á pesar de sus escrúpulos, á pesar de su resistencia, fué arrastrado al fin por la política y le nombraron síndico del Municipio cubano; de aquellos tiempos recuerda, no sin orgullo y como su mayor timbre de gloria, que desempeñó el cargo de *Protector de esclavos hasta el día mismo de la abolición*.

Sus servicios en el Ayuntamiento fueron tantos y de tal calidad, tan persistentes y vivas fueron sus campañas, así en la tribuna como en la prensa y comités, de tal suerte trabajó y organizó los dispersos elementos políticos liberales de la gran Antilla, ora auxiliando á sus correligionarios y amigos, bien figurando el primero en el combate ó ya afrontando toda clase de peligros, que aún hacían temibles las ardientes pasiones de la reciente guerra filibustera, que en 1881, el voto unánime de la opinión pública de la Habana le confirió la investidura de Diputado á Cortes en las elecciones generales que se verificaron por aquel entonces, sin que para ello mediase petición suya directa ni indirectamente siquiera. ¡Así, espontáneamente y sin necesidad de caciquismos ni apoyos oficiales, confieren los pueblos su representación y confianza á los hombres probos, honrados é inteligentes que en el bien de la patria y de sus conciudadanos inspiran todos sus actos públicos!

Liberal de abolengo, demócrata de corazón y sin alardes pueriles, ingresó desde luego en el partido que dirige el Sr. Sagasta, á cuyas órdenes viene sirviendo con entusiasmo y energía, inspirándose en sus mismos ideales, sin vacilaciones ni desmayos de ningún genero, y unido á su jefe con inquebrantable adhesión y el leal cariño propio de almas de su temple.

Brillante adorno y motivo de interés son para una biografía los hechos ruidosos y extraordinarios, siquiera sean debidos á las apostasías y traiciones al uso, pero para los hombres reflexivos y amantes del bienestar de la patria, han de valer más, mucho más, la firmeza en las ideas y la constancia en los propósitos, cuando estas virtudes se encaminan á realizar el bien de los pueblos; de estas relevantes cualidades ha venido dando abundantes pruebas el

Sr. Villanueva desde su primera campaña parlamentaria, en la que se dió á conocer como orador elocuente y distinguido, conquistándose en la Cámara popular una posición envidiable que los años han ido acrecentando en su transcurso.

Fiel al mandato de sus electores, se ha dedicado con preferencia á las cuestiones que entraña la política de Ultramar, y no hay ciertamente en las Antillas ni en la Península quien no conozca sus incansables y valientes luchas con los autonomistas, cuyos representantes en el Congreso, como leales adversarios que son, han hecho cumplido elogio y cabal justicia á la entusiasta elocuencia, al profundo saber y á la incansable energía del Sr. Villanueva; no ha existido ministro de Ultramar alguno en estos últimos doce años que no recuerde la competencia y la rectitud de principios con que ha discutido siempre sus planes ó medidas de gobierno, inspirándose constantemente en el más desinteresado y sincero patriotismo.

Asimilista convencido, porque ha estudiado todos los sistemas coloniales antiguos y modernos, conocedor de la sociedad de las Antillas y de sus necesidades, siempre ha puesto delante de todas sus ideas las de expansión y tolerancia, olvido de lo pasado y libertad honradamente practicada, bases que considera indestructibles para perpetuar la nacionalidad española en América.

Aunque acusado por unos de perturbador, y no creído por otros, á quienes ciega un exagerado radicalismo, los electores de Cuba le han hecho justicia en todas ocasiones, honrándole en cuatro elecciones generales y una parcial con un puesto en el Congreso, y dándole continuamente evidentes pruebas de que su nombre ha logrado alcanzar la respetabilidad y el cariño que acompañan siempre á la probidad política. Natural era que encontrase también en el partido liberal justa recompensa á sus méritos y servicios, aunque para ello era no pequeño obstáculo su excesiva modestia y el deseo de no alejarse nunca de sus electores y amigos; por esto, y bien merece ser consignado este rasgo en unos tiempos en que tanto se batalla por cosas menores, cuando en Noviembre de 1885 apareció en la *Gaceta* su nombramiento de Director general de Administración local, se excusó de tomar posesión, como tampoco aceptó otras posiciones análogas que le fueron ofrecidas. Sin embargo, el cariño al jefe y el deseo de no singularizarse con reiteradas negativas le obligaron á ocupar la Subsecretaría de la Presidencia del Consejo de Ministros durante cerca de cuatro años, cargo desde el que podía estudiar, y estudió con grande aprovechamiento, la política ultramarina en sus más elevadas fuentes, prestando mayores y más señalados servicios, como así lo hizo en efecto, presidiendo cuatro veces la Comisión de Presupuestos de Cuba y contribuyendo á formar los que en otras situaciones políticas sirvieron de modelo. Y no hay por qué omitirlo, porque algunos podían aprender cómo se cumplen los deberes políticos: antes de aceptar el cargo de la Subsecretaría de la Presidencia del Consejo, pidió á sus electores y á su jefe autorización para efectuarlo, y sólo se decidió cuando la hubo alcanzado de éste y de aquéllos.

Las Antillas, y principalmente Cuba, deben al Sr. Villanueva la constante y ardiente defensa de sus intereses, y no pocas de las beneficiosas medidas que se han realizado en estos últimos tiempos; alguna vez le han herido la ingratitud y la envidia, hábilmente explotadas por las rivalidades que brotan al calor de bastardos intereses, pero demasiado joven para rendirse y desanimarse, sigue constante y tranquilo sirviendo á su patria y á su partido.

Al resolverse esta última crisis, y apenas constituido el nuevo gobierno bajo la presidencia del Sr. Sagasta, el Sr. Villanueva, por el voto unánime del Gabinete volvió á ser llamado para ocupar la Subsecretaría de la Presidencia del Consejo; porque las eminencias todas del partido liberal, como su ilustre jefe mismo el Sr. Sagasta, saben que en el Sr. Villanueva pueden depositar en absoluto toda su confianza, por ser un corazón honrado, una inteligencia privilegiada y una persona que, por sus muchos méritos, está llamada á compartir las tareas de la gobernación del Estado, para bien de la patria y prosperidad de las provincias de Ultramar que tanto y tanto le deben.

FERNANDO DEL TORO Y SALDAÑA.

MI NOCHEBUENA

(ÍNTIMA)

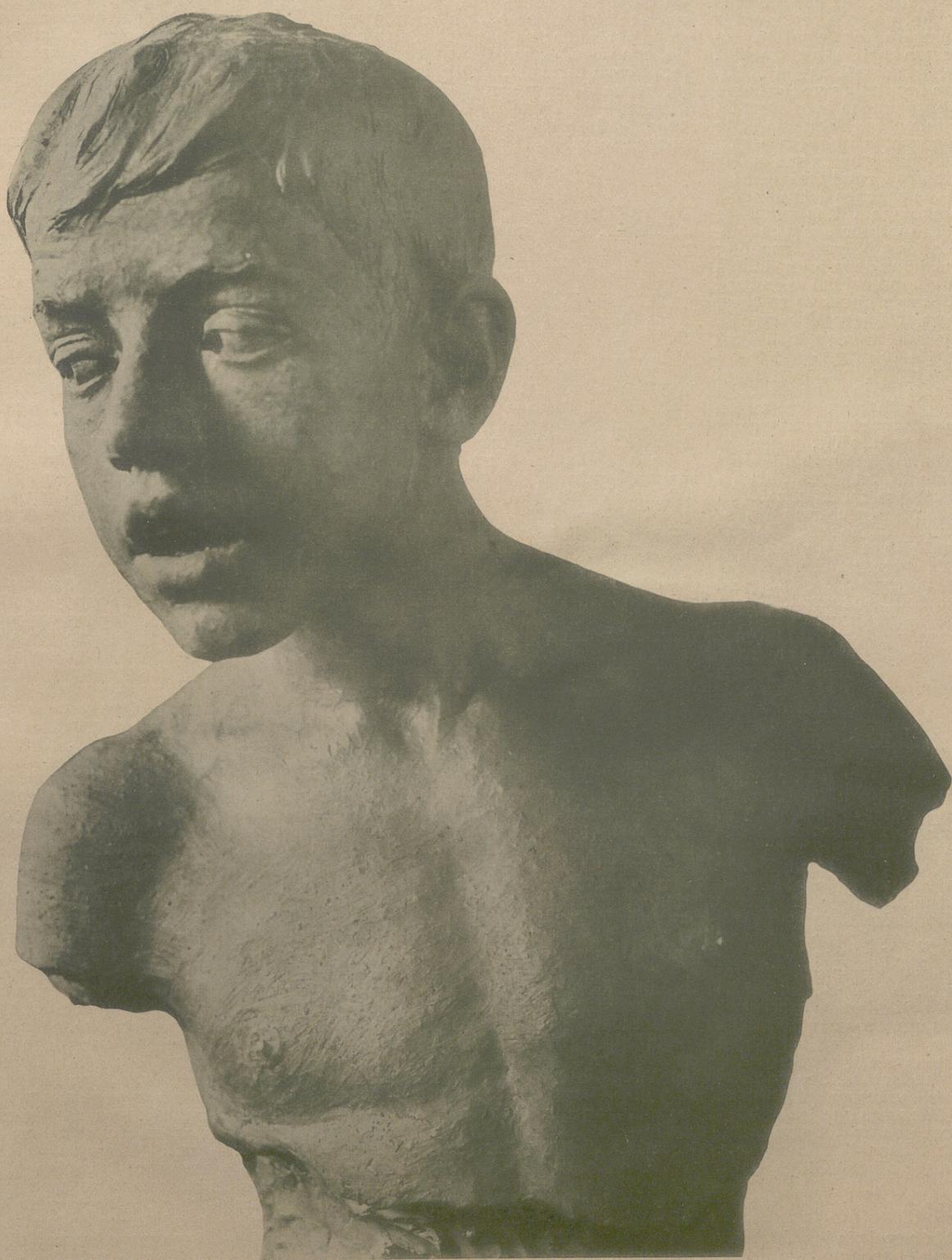
I



NOCHEBUENA!... ¿y por qué?... ¿Puedes tú explicarme eso?... ¿Te sonríes?... ¡Ja, ja, ja!... ¿Verdad que soy un tipo estafalario?... ¡Filosofías á esta hora! ¡qué quieres!... Estoy borracho... ¿lo dudas?... Borracho de pena... Tú no sabes, mujer... pero, sí, sí debes saberlo.

Muchos años habrás celebrado esta Noche en el hogar, al lado de tus padres... Y la copiosa cena la habrás condimentado con alegre regocijo... Como tú, también yo la he celebrado... ¿Suspiras?... ¡Bah!, perdona mi indiscreción: es

MADRID: EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1892



Mani sculp.

EL FIGÓN (BUSTO EN BRONCE)

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.^ª

que los recuerdos golpean mi cerebro, es que la locura de los otros caldea mi sangre... y hace que mis ojos se nublen con lágrimas... Soy ridículo contándote estas impresiones a ti, pobre muchacha, que hace una hora, en el arroyo, me sonreíste suplicando mi compañía... Llena la copa... hasta que rebese... deja que ese líquido como el oro, sea el llanto de orgía que caiga sobre el mantel... ¿Te ries, chiquilla?... ¡Qué!, ¿mi charla no te es indigesta?... Gracias: á veces las Safos sabéis apreciar los sentimientos del alma... ¿Tú ignoras quiénes son esas Safos? No te importe... Fueron en Grecia lo que tú eres en Madrid... unas... Pero, ¿no bebas?... Te amurria mi palique... ¡Qué diablos!, á medida que escancias mi copa, experimento deseos vivísimos de hablarte á ti, la mujer desconocida, como á una amante idolatrada... Nos hallamos los dos solos, en este cuarto que habrá servido de escenario á miles y miles de idilios de ocasión... ¡No importa!... Seamos más actores que nadie en la comedia humana. Supongamos que tú, la querida de *improntu*, eres mi mujercita: fingeme un cariño sin límites, haz porque esos ojos negros como el abismo, y ahora refulgentes por el champaña, tengan chispazos de pasión frenética... ¡Deja que mi diestra oprima tu cintura!... ¡Acércate!... ¡Más aún, hermosa!... ¡Así!... Mírame ahora... ¡Qué grato resulta en noche como ésta hallarse delante de una mesa bien surtida, á solas con la mujer amada, en una habitación que templá el fuego que chisporrotea alegremente en la chimenea... De fuera el aire trae en sus ondas los ecos de la turba callejera... ¡qué estúpidos!... Gozan en dar martirio á los parches del tambor ó á los carrizos de la zambomba... Las bocas de esos pobres diablos vomitan villancicos y canciones: los unos, tiernos, sentidos, hijos del pueblo; las otras, acres, obscenas, hijas de la lujuria... No te muevas: deja que la voluptuosidad se infiltre en nuestros seres: así, juntos nuestros rostros, los labios separados por un milímetro de espacio, henchido del perfume á rosa fresca que exhala tu boca; los ojos, en el maridaje de ansias amorosas... ¡vida mía!... Tu epidermis finísima como el alabastro, arde... es el fuego de la juventud: los glóbulos rojos de la sangre se atropellan en los microscópicos túneles que surcan esta armazón de huesos... ¿Me pides un beso?... ¡Tú, mujer angelical!... ¿Angelical?... No, no, exagero mi papel y doy al traste con la comedia... Aparta... Me haces más dolorosa y sarcástica mi tristeza. ¿Tú angelical?... Y vendes tus risas, y cotizas tus hechizos, y ofreces el placer... No, no: el idilio que yo soñaba era... ¡Escucha! ¡No te vayas!... Aquello fué un arrebato... Yo necesito verter todas mis amarguras en una palabrería, acaso ilógica, sin sintaxis, pero vehementemente, sincera... Decía que el idilio, por mí soñado, era un sueño en unos brazos amorosos: una mujer pura como la gota de rocío que de madrugada tiembla en el pétalo de la azucena, amante única de mi alma que supiera besarme con sus ojos, —nota qué estrambótico es mi deseo, —y acariciarme con sus labios, y que al decirme: «¡Te amo!», aquí, en el corazón, me hiciera sentir... no sé qué... los afectos íntimos no tienen palabras como no tienen análisis esas complacencias del espíritu que nos encajan en nube gloriosa... Nada más: hé ahí mi gran Nochebuena... ¿También tú quisieras otra igual?... Con un hombre que supiera endulzar ese corazón tuyo y que no mirara en ti tu hermoso busto... ¿Quieres, mujer, que yo sea ese hombre?... Tú, en cambio, sé la realidad de mi fantasía... ¡Imposible!... ¡No! ¡Echa más vino!... Atiende: tú eres la violeta del fango, y un pensamiento caído en la nada de la desilusión... los dos no poseemos amores ni familia... ¡Solos!... Tú dices que idolatraste á un hombre; yo enloquecí por una mujer... Ingratitud hallaste tú en él, indiferencia hallé yo en ella... Aun podemos entendernos por unas cuantas horas: troquemos nuestros cariños... Tú no mires en mí al joven vicioso que suspira de placer en tu regazo; yo no creeré que tú te engalanas para ofrecerte más seductora. Sea yo tu *él*, sé tú mi *ella*... ¡Verás que noche tan deleitosa!... ¡Más vino!... ¡Ajajá!... Mientras que los pábilos de esas velas se retuercen en una eterna lágrima de fuego, escucha la odisea de esta noche... Besándonos, hallarás menos amargo el poema... ¡Es probado!

II

Salí á la calle; la niebla envolvía los objetos y limitaba á corta distancia el espacio como si no hubiera un más allá... ¡Irrisoria espejismo!... Encerrado en el polvo de lluvia seguía adelante... Creía andar á través de un cielo brumoso con estrellas fosforescentes, nebulosas, de luz microscópica, los mecheros del alumbrado público... A todo lo largo de las aceras, inacabables filas de sombras iban y venían: transeúntes que caminaban de prisa, los caballeros enfundados en sendos gabanes ó envueltos en capas; las señoras, con mantones y toquillas; la totalidad de los rostros sepultados en los embozos, en los tapabocas ó pliegues del abrigo, dejando sólo al descubierto un triangulito saliente de carne amoratada; la nariz y dos notas negras, los ojos. La indumentaria femenil borra las curvas y convertía los cuerpos en groseros conos truncados. Debajo de los mantones y de las capas, ocultábanse objetos cuyo nombre se adivinaba por el contorno; otros ciudadanos lle-

vaban á la mano cajas, botellas, aves, nacimientos, panderetas, tambores, ¡qué sé yo! Y más por el ansia de acercarse al hogar, que por el frío húmedo que convertía el cuerpo en mármol, todos marchaban á paso rápido... ¡la cena, la alegre cena los esperaba!... No había más que fijarse, á la claridad que las luces de los escaparates arrojaban sobre los rostros, en el gesto de íntima satisfacción que en ellos se leía... Y así, al vuelo, sorprendí frases y diálogos sin prólogo ni epílogo que entre sí traían los que por delante de mí desfilaran. Una vieja ofrecía á su nietezuelo colmar todas sus ilusiones dándole hartazgo de la tradicional sopa de leche de almendra; una fulana suplicaba á su hombre que la llevara á oír la misa del Gallo; un matrimonio viejo encomiaba á su vástago, un grandullón con cara de bobalías, que no padeciera distracciones para no dar de bruces en el suelo con la impedimenta del casco; un señorito murmuraba en los oídos de una damisela no sé qué canción de la que sólo pude escuchar: «...Tú no me quieres, vida mía, cuando no me concedes una cosa tan baladí y que á nada te compromete... La ocasión se nos presenta de perlas...»; un borracho, alto como un castillo, con unas barbas de San Antón, rostro franco, la capa terciada, mejor dicho, hecha un pingajo, cerca de la nuca, dejando traslucir la blusa blanca y un trozo de faja encarnada, berreaba acompañándose de un guitarrillo, con sólo una cuerda servible, la prima:

«Esta noche es Nochebuena,
¡pim! ¡pam! ¡pom!...

No va á ser... pa... paliza la que le voy á dar á... esa... como no me haya hecho ya la... cena.

Esta noche es Nochebuena,
¡pam! ¡pim! ¡pom!...

Alguno de los transeúntes iba haciendo cargo á su mujer del gasto hecho, y: «Cuatro pesetas de los besugos, más tres del turrón, una del jerez y media del bacalao, ¿no son cuatro y tres siete y una ocho, y media?... ocho y media: hasta dos duros hay bastante; una niña decía con acento de regocijo al aya que la conducía de la mano: «Irá el abuelito y los tíos, y papá me ha ofrecido regalarme...» (su última frase se perdió, y vino á reemplazar la voz de timbre purísimo, otra acatarrada: un hombrón, mal encarado, amenazaba á una mujer: «Yo no ceno contigo esta noche... Me voy por ahí...» — «Pero, hombre, que es Nochebuena...» — «Aun que sea la noche de la... (aquí una repugnante grosería). Y la mujer, con lágrimas en los ojos, asida á la chaqueta del hombre, insistía con voz suplicante: «Y vamos á cenar sin ti... ¿Y los niños?... ¡pobrecillos!... Ellos que te esperan con tanta alegría...» Un chichuelo, de bracete con otro camarada: «¿Cuánto te han dao de aguinaldo en la tienda?» — «Dos pesetas.» — «¿Y se las has dao á tu madre?...» — «¡En seguital!... una y gracias; con la otra, te convidó esta noche. ¡Vamos á comprar una cajetilla?...» — «¿Y si te la ven en casa?» — «¡Quiá!... Dimpués de la misa del Gallo á la guñolería.» — «Yo pongo veinte céntimos.» Dos hijos de Marte: «Si te digo que el coronel es lo más indigesto... ¡Naal! Negao el premio pa esta noche. ¡Y eso que tenía ofrecido á la Mónica el dir á cenar con ella!...» Una enlutada, á todos los transeúntes: «¡Una limosna, caballero (ó señorita), para poder comprar un pedazo de pan esta noche, que es Nochebuena!» Un granuja, travieso, mascando un cigarro puro á medio consumir, de palique con un vendedor de periódicos: «...Como unos principeses cenamos; ya verás tú: en ca el Manco, ya sabes, el tabernero de la calle del Tribulete, la gran juerga: una fritá de salchicha, que es cosa de chuparse los deos y de *acatus* (indicación de beber), naa, el acabóse; el Mandria y yo le pasemos esa mañana de matute.» — «¿Y á cuánto el escote?» — «Lo que haiga de voluntad.» — «No sé si iré.» — «Sé presona, hombre... ¡Van la Tuerca, la Chiripa, la Desgalichá, el Zoca y el Tangle!... ¡Una noche es una noche!» — «(voceando) ¡La Correspondencia!... ¡El Herald!» — «En cuanto despaches el veinticinco de *Corres*, te largas.» — «Bueno. ¡La Correspondenciaaaa!... Allí me encajo.» Un caballero á una seductora Friné: «Avisa á Patro y la Rubia: iremos el vizconde, Román y yo... Llevaremos el champagne y los postres.» Un joven á otro: «¡A cualquier cosa llaman Nochebuena!» — «¿Cobrabste la paga?» — «¡Quiá!» — «Yo, sin un céntimo. Chico, tenía un duro, quise darle de salto al rey, salió la contraria, y... ¡gracias á que el patrón es cristiano, permitirá que cene esta noche...»

Y no continúa, chiquilla, porque harta paciencia demuestras al seguir sin pestañear esta copia de afectos é impresiones recogidas en el arroyo... Sin rumbo fijo, al azar; el cuello del gabán subido, el sombrero á las cejas, un puro en la boca, las manos en los bolsillos, atravesé calles y plazuelas, pensando qué medio escoger para matar este tedio abrumador... Di con mi humanidad en la plaza de Santa Cruz, y ya en las calles trazadas por los puestos, cuajados de retablos, en que, con menos gusto que arte, se representa el pasaje bíblico de Belén; lleno de poética humildad, abrí un paréntesis á mi tristeza y contemplé aquellos peñascos microscópicos, horrorosamente pintarrajeados de verde y almazarrón; cuestras y veredas casi verticales, y en sus flancos y alturas,

castillos de la edad media, casas á la moderna, torres judaicas y minaretes árabes, amén de otros chistosos anacronismos que, en la presentación de las figuritas y en la indumentaria de los imprescindibles reyes magos, pastores y grupo principal podrían notarse... Recordé mis buenos tiempos, aquellos que para mi infancia tejían la más hermosa corona de plácidas venturas, y pensé que estos peñascos robaban entonces mi atención y mi sueño... ¡El Nacimiento!... ¡Nochebuena! Y el uno no tenía anacronismos, y la otra no encerraba en tales calendas amarguras ni recuerdos: todo era lo presente, pródigo de satisfacciones, encantos y alegrías... Hoy... perdonad que torne á lamentarme... Siento con estos detalles retrospectivos lo que debe experimentar el navegante que, en mar borrascosa, columbra allá á lo lejos un foco de luz; pero yo, en vez de acercarme á él, me alejo, me alejo cada vez más.

III

¡Echa vino si quieres que mi locuacidad no finalice en un interminable bostezo!... ¿Que mezclo jerez, burdeos, manzanilla y champagne?... ¡No importa!... Quiero que esta noche se unan en alegre hervor los vinos de aqueude con los de allende el Pirineo... Aviva esa bujía... Ahora torna á enlazar mi cuello con esos brazos nacarinos. ¡Qué hermosas cadenas poseéis las mujeres!... Cadenas que se besan con locura, y los besos de la voluptuosidad imprimen en ellas círculos de amapola... Sigo mi cuento... Abandoné la plaza, y al internarme en sus soportales, mi fantasía me hizo ver una sombra envuelta en una capa por demás ventilada... Aquella sombra era la de don Ramón de la Cruz... ¿Que si es algún personaje?... ¿Algún rico?... ¡Cállate; tú y contigo el vulgo, ignoráis todo lo que atañe á la inmortalidad!... ¿Qué sabéis vosotros de eso?... No, si no me enfado... Prosigo: Creí escuchar una carcajada que repercutió en la plaza como un eco de amarga burla. Acaso el popular sainetero, el gran mendigo, había abandonado el Parnaso para reirse á sus anchas de esta generación enclenque y paliducha, torpe y afeminada... No sé... Continué mi camino en medio de una turbamulta de mujerzuelas alocadas, de esas en cuyos labios toda grosería tiene cuna... La mujer sin pudor, ¡créetel, vale menos que un gusarapo... Emboqué en la calle Mayor... Quería alejarme del centro del bullicio y fui á dar en la plaza de la Armería... La mole del Palacio se recostaba en la cerrazón de la noche, imponente, majestuosa... En sus alrededores no había nadie. Sólo en las entradas de la plaza y puerta del Príncipe, entre el espacio que media de garita á garita, los centinelas paseaban embutidos en los capotes grises de reglamento, alzadas sus capuchas... De lejos, parecían frailes. Desvanecía el símil, el chispazo brillante arrancado á sus fusiles al quebrarse en el reflejo de la muy triste luz que caía de las farolas... Hé aquí unos desdichados á quienes la disciplina militar obliga á pasar una mala noche... ¡Cuántos recuerdos cruzarán por la mente de estos hijos de la patria!... Suspirarán por la aldea, por sus Nochebuenas pasadas junto al lar de la casa propia, al lado de la familia... Traerán á colación la cena opípara y unos ojos amorosos y parlanchines, los de la novia; unos rostros respirando dicha, los de los padres y deudos... Y al final del banquete, la misa de maitines, escuchada fervorosamente en el interior de la iglesuca, desprovista de lujos y sólo enriquecida con la fe de sus feligreses... Luego el retorno al pueblo, la alegre patrulla de mozas y mozos, cogidos del brazo, llenos de regocijo, entonando villancicos que se pierden en el espacio. Cuadros pastoriles, más bellos que los de la Arcadia, que al fin y á la postre, no son sino producto de la nostalgia de los poetas... Y en cambio, este año la noche helada, el aislamiento, el deber imperioso; por todo descanso, el cuartucho de guardia con un brasero raquítico; media docena de compañeros adormilados que, entre bostezo y bostezo hablan de sus familias y de sus amores, lamentando la tiranía militar; un sargento gruñón, que hace punto á todos los recuerdos con interjecciones no muy cultas... Y cuando ya el alba, como genio de luz, descorra los telones de la noche, su primer rayo acariciará un rostro juvenil, que acaso sonría, trocando en su pesadilla el camastro cuartelario por la cama de la aldea, saturada su ropa de olor á manzana fresca.

Con estas reflexiones pasé por delante de las no muy garridas estatuas de los reyes que en corro limitan la circunferencia de la Plaza de Oriente... De lejos aparecían como fantasmas mudos flotando en la neblina, de cerca eran estatuas á las que el tiempo, ese gran burlador de grandezas había carcomido las partes más salientes, y así, las narices, las manos y los pliegues del ropaje hendidos, caídos, rotos, resultando caricaturescas las posturas de arrogante realeza... Los que originaron estas estatuas, esos reyes, reinas, príncipes y princesas, en su gran parte dinastías de despotas, esos reinantes soberbios, tímidos, fanáticos, descreídos, justicieros, héroes ú hombres á secas con todas las abnegaciones, vicios y ruindades, habían celebrado también sus Nochebuenas, y en las orgías palatinas, rodeados de aduladores intentaron disfrutar de lo que disfruta el más mísero de los

hombres: de la alegría... Y á pesar de su poderío, á pesar de nominarse representantes de Dios en la tierra, la alegría no se ha dado por invitada... La hija del placer espontáneo comparte mejor sus gracias en la cabaña ó en la casa del pobre que allí donde hay una corona... ¡Odia á esos pobres diablos de reyes aguijados constantemente por la inquietud y la lisonja!

Por Cristo, mi bella interlocutora, que me arriesgo en metafísicas... Dispensa una vez más y sigue prestando atención á mi relato... Me vi en la calle del Arenal... Se encontraba más triste y oscura que en las demás noches... Allí, cerca de la Puerta del Sol y á la entrada de una calleja, una luz eléctrica, pendiente de un arco, ofrecía una nota de vida. Un pelotón de gente pasaba por debajo del arco y luego subdividíase en grupos... Gente que salía de Eslava... Recordé la Nochebuena de los cómicos: á la madrugada abrirán un paréntesis á sus farsas y unos la celebrarán rodeados de los suyos; alguna afamada tiple la pasará en un gabinetito reservado con un protector cariñoso; otras, en comandita con autores y gente del oficio, se darán hartazgo en un café; y las tiples del montón, aquella que no tenga amante rumboso, ni conquista asegurada, y lo que es peor, madre, se sepultará entre sábanas maldiciendo de la estupidez humana que designa esta noche como la más buena de todo el año.

Siempre á la ventura, encerrado en la niebla, que como una gran masa de humo poblaba la Puerta del Sol, llegué á sus reales. Tenía el aspecto de una plaza de provincia de tercer orden; en las amplias aceras grupos de ciudadanos y ciudadanas pasaban dando martirio á los instrumentos musicales de rúbrica en esta noche, alguno que otro lanzaba á la niebla una canción picante ó una cantinela bíblica; los ojos de las mujeres chispeaban; el alcohol era el gran culpable y el que las hacía ir en íntimo consorcio asidas al brazo de sus compañeros...

Al ir á doblar la esquina de la calle de Preciados hallé un contraste tan tristemente humano que me dejó por un momento desconcertado... Mis labios barbotearon una maldición, una gran protesta... Figúrate, muchacha, que en el centro de una ciudad entregada al bullicio, y en noche tan celebrísima, dosgurriatos, ¡infelices!, habían formado su nido en el quicio de una de las puertas ventanas del café Oriental... Y ¡pásmate!, dormían como lo que ellos eran: ángeles... Por cama un listón de madera, por sábana la niebla, por techo un cielo negruzco, por ángeles custodios el sereno, un guardia de Seguridad (?), transeúntes que pasaban por lado del idilio de la miseria sin parar mientes en él... ¡Grandes egofistas!... No pude por menos de agacharme al lado de los rapaces, y nervioso, después de zandaréar á uno de ellos, le grité: «¡Arríbal!» Irguióse el gurriato, se restregó con el dorso de la muñeca los ojos, me miró asustadizo, y luego, con más confianza, se acercó preguntándome con un hilo de voz dulcísima: «Me va á dar Ud. una limosna, señorito?» «Sí, hijo mío, toma...» Y puse en su mano helada una moneda de plata... «¿Por qué duermes ahí?», le pregunté... «Pus miste, dijo el rapaz, mirando con asombro la moneda, la verdad, si mi hermanita, que es ésa (y señaló aquel otro bulto que, acurrucado, proseguía durmiendo), y yo hubiéramos tenio siquía la cuarta parte de este dinero, á estas horas nos encontraríamos en la calle de la Redondilla mijor que naide... Pero naa, no hemos hecho negocio... Too el día pidiendo limosna! ésa, y yo vendiendo alfileres, y naa ¡ca!... cinco céntimos... ¡Y eso que es Nochebuena! Mus hemos fo con otros como nosotros, y como no paguemos el escote van y qué hacen... Pus marcharse diciéndonos... Pus, ahí, reventaisus... Y ni aun hemos podio echar un sueño ahí en la escalera del café Imperial... Lo cierran esta noche aseguía...» «Pero, no tenéis padres, familia, alguien que cuide de vosotros», le pregunté: «Naide, señorito», murmuró el chicuelo. Y de pronto exclamó con toda la fe de los seis años: «Señorito, muchas gracias y que viva usté muchas Navidaes por lo rumboso.» Iba á replicar, pero el muchacho, en un movimiento rápido se agachó cerca de donde dormía su hermanita, y levantándola en alto gritó á su oído: «Despavila, chica... ¡Vamos á cenar como los reyes Magros! Y menuda tirria que van á pasar esos boceras cuando sepan que tenemos mijor Nochebuena que naide!...» (copio textualmente sus frases).

Me separé de aquellos niños con el corazón más amargado. Subí calle de la Montera arriba. «¿Adónde caminaba?...» No lo sé... Era sombrío el aspecto de todas las calles... Todos los comercios veíanse cerrados; sólo por las rendijas de sus portadas escapábanse aristas de luz y se oían risas y parloteo; en algunos establecimientos rasguear de guitarras y cánticos; los cafés empezaban á cerrarse, las puertas de las tabernas entornadas, las casas donde la Venus Afrodita reina impudicamente hallábanse atrancadas á machamartillo; los transeúntes marchaban en grupos ó parejas, los que iban solos caminaban deprisa... Parecía Madrid una ciudad muerta... El miedo de que la alegría se trocase en tragedia era la causa de que todos los que del público viven, cerrasen sus puertas rehuendo

el beneficio que aquel podría proporcionarles... Las borracheras tenían las calles por suyas... Las paradas de coche habíanse evaporado; algún que otro carruaje de lujo ó coche *simón* ofrecía en la obscuridad los reflejos de sus faroles, que como lenguas de luz caían paralelamente sobre el empedrado... Ahí todo lo que podía verse.

A la puerta del café de Fornos quedé indeciso entre si penetrar ó no en el aristocrático establecimiento... Ya mi propio hastío me hacía desear otros cuadros que los que con desesperante monotonía ofrecíanse en el arroyo... Recordaba aquel párrafo del inmortal Larra en su famoso delirio filosófico de la Nochebuena:

«...Dos horas, tres horas y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que extremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos y entra en ellos como cuña á mano rompiendo y desbaratando.»

Me decido. Entro en el café; las mesas se ven ocupadas por una muchedumbre bien trajeada, algunas que otras mujeres (dignas émulas tuyas), vense entre el elemento masculino. Observo que en el elegante recinto reina la alegría y que los consumidores traen con el manejo de sus cubiertos un concierto magno... «Hé aquí lo práctico», me digo. Y recuerdo oportunamente que ya es la una de la mañana y que aun no he cenado... Busco mesa, la encuentro, me siento, acude el mozo, ordeno me sirva y mientras cumple el encargo analizo la concurrencia que me rodea... Literatos, actores, hombres de negocios, banqueros, políticos, vividores que triunfan y derrochan sin saberse el Potosí que soporta sus alegres vidas... En un velador próximo una veintena de caballeros; mientras comen, parlan cosas estupendas, lances, aventuras, crónicas escandalosas del *gran mundo*, sazonadas con risas y chistes de gusto dudoso; vis á vis de mi asiento, hundidos casi en el diván, un señor viejo sostiene íntimo palique con una fulana que se adjudica al más pagano. Me repugna este idilio, sigo en mi inquisitoria y sorprendo en todas partes un alegre concierto de voces, amén de un gran desenfado... Los mozos no se dan punto de reposo, van y vienen cargados de bandejas, cuyos servicios tintinean... Aquí un zutanito ríe con toda la fuerza de sus pulmones; allá otro palmorea con verdadera furia. Se oye el «¡Val!» del *garçón*, se escucha rebotar las monedas sobre el mármol; hay quien lleva el compás de una música imaginaria con la contera del bastón; hay quien tararea un *couplet* callejero, quien silba *pianissimo*, quien descarga sobre el tablero recios puñetazos, quien perora en voz campanuda... De cuando en cuando llega al interior el eco de un portazo y los rojos portiers de la entrada entreabrense y penetra un nuevo concurrente que, embozado hasta los ojos ó las narices metidas en el tapabocas de piel, avanza dirigiendo á uno y otro lado miradas como si buscara un amigo ó una mesa de más... Hay quien atraviesa triunfalmente el café de uno á otro extremo. figándolo todo como policía en acecho, y siempre con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, y en el de la derecha encajado parte del bastón, se marcha haciendo un gesto de indiferencia.

Reflexiono: ¡Hé aquí otra manera de celebrar la noche... Casi todos los que están aquí tendrán familia amante, mujeres cariñosas y, sin embargo, las abandonan, prefieren este ambiente al de su casa y se refocilan en la suposición de que se divierten... ¡Tanto puede nuestro gran egoísmo!

IV

Torné á salir á la calle... Estacionada en la acera de Fornos, una muchacha agraciada y riente me miró haciéndome una muestra deliciosa. Y con acento de encantadora reconvencción murmuró á mi oído: «¿Tan solo?... Eras tú... ¿A qué repetirte lo demás?... Bien seguro que no esperabas en esta noche dar con un tan grande loco, que al final de una opipara cena (no negarás que para ser ofrecida por un emborriona cuartillas ha sido espléndida), te regalase como postre una pesada descripción de lo que ha visto y sentido en unas cuantas horas... Otro habría sido contigo más parco en palabras y más pródigo en besos y caricias. ¡Qué quieres, cuestión de temperamento!... ¿Qué?... ¿Te sorprende, notas que una luz blancuzca penetra por las rendijas de ese balcón?... ¡Es que amanece, vida mía!... Llena tu copa... ¡Ajaja!... ¡Choca!... Brindemos por nuestra próxima dicha de un segundo... ¡Ja, ja! ¿Estás borracha?... ¡Mejor!... ¿Cantas?... Una canción que aprendiste de niña... ¡Ah, esas canciones nunca se olvidan!... ¿Quieres que yo te haga dúo?...»

«Soy feliz, soy feliz...»

Me encocora el estribillo... Canta... ¿El qué?... Algo de actualidad:

«Esta noche es Nochebuena.»

No, no es Nochebuena... ¡Esa pasó!... ¡Más vino!... De un solo trago... ¡Ja, ja, ja!... Siento una pesadez extraordinaria... ¡Cómo chisporrotean esos pábilos!... Qué aspecto más fúnebre el de esta mesa... Ya tiene las rosas de sus jarrones paliduchas, deslucidas, muertas acaso... ¡Abrá-

zame, mi bien!... Así, borracho; las penas anegadas en vino, la sangre en ebullición, el cerebro poblado de la nebulosa de estupidez, seré feliz, creeré que aun existen idilios de gran amor y enlazados mis brazos á tu cuello, cantaré con voz ronca y vinoso:

¡Esta noche es Nochebuena!...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

Madrid, Nochebuena de 1892.

MARIANA

POR

D. JOSE ECHEGARAY

MARIBO podría apostarse contra sencillo, en la seguridad de no salir perdiendo, á que la historia de la última comedia del Sr. Echegaray es, sobre poco más ó menos, la siguiente:

—D. José,—diría Mario ó cualquiera de las actrices ó actores del elegante teatro de la calle del Príncipe,—¿por qué no escribe Ud. una comedia cuyos papeles se ajusten á nuestras particulares aptitudes del modo mismo que á nuestros cuerpos se ajustan los trajes que nos confeccionan sastres y modistos?

Y cátese al insigne dramaturgo aplicando el metro á las facultades de aquellos apreciables artistas, y cortándoles, sobre la mesa del taller, una comedia de las que pudiéramos llamar *á la medida*. El talento de María Guerrero—debió de pensar el Sr. Echegaray—se adapta á la expresión de los caracteres nerviosos y un tanto fantásticos y extravagantes, pues haré para ella un papel en que tengan amplia cabida las nerviosidades y extravagancias. Mario se pinta solo para hacer de viejo simpático, pues papel de viejo simpático para Mario. ¿Le da á Balaguer por lo grotesco?, pues papel grotesco á Balaguer. ¿Es frío en la expresión Cepillo?, pues frialdad en su carácter. ¿Acierta Thuiller en los movimientos pasionales y vehementes?, pues pasión y vehemencia para Thuiller. Ideados así los diversos personajes de la obra y elegidos éstos, como queda dicho, no entre los innumerables modelos que ofrece la sociedad, sino entre los tipos que posee lo que pudiéramos llamar la guardarropiá viva del teatro de la Comedia, procedió el autor á agruparlos á fin de que cada uno de aquellos apreciables actores alcanzase el mayor lucimiento posible. Atento siempre á su propósito, como quiera que los compañeros del Sr. Mario, dicen, salvo rara excepción, bastante mal el verso, escribió el Sr. Echegaray en prosa su drama; como por regla general aquel escenario parece, á causa de la costumbre, marco de lo cómico más bien que de lo dramático, cuidó con singular esmero el poeta de que abundase en su composición el primero de ambos elementos, y como el uniforme, por decirlo así, de los artistas del teatro de la Comedia es el traje de etiqueta, el autor vistió á los personajes de *Mariana* con los atavíos de la más alta sociedad.

Así fué, sin duda, concebida, y así fué formándose la última obra del autor de *El gran Galeoto*. Parece lo natural que los actores sean para las obras; pero en este caso á que me refiero, la obra es para los actores. Si las aptitudes de éstos hubieran sido distintas de lo que son, *Mariana* no sería lo que es. Ya en otras ocasiones ha subordinado el Sr. Echegaray su inspiración á las facultades de los comediantes. En *el seno de la muerte*, por ejemplo, con su *romanticismo de cabeza* y no de corazón, con su castillo de Argelez, con sus quintillas de la *banda carmesí* y de la *armadura de Milán* y el *viejo lebré*; con sus rimbombantes endecasílabos, y sus sombrías venganzas, y sus pasiones delirantes, y su horrible cripta, no fué otra cosa que un conjunto de relumbrantes oropeles, diestramente combinados para que Rafael Calvo pudiese hacer fastuoso alarde de su inolvidable talento. Muerto el gran actor murió también *En el seno de la muerte*, como que el protagonista del drama no era ni un carácter real, ni un personaje histórico ó legendario; era Calvo, ó más bien la manera artística de Calvo, del mismo modo que Mariana es María Guerrero ó la manera artística de María Guerrero.

No influye poco en el valor del último drama del Sr. Echegaray, la manera como ha sido concebido. No es *Mariana* una obra que tenga aquella *finalidad sin fin* de que habla el filósofo, es más bien un pretexto para que resalten las gracias y habilidades de los artistas para quienes ha sido escrita; no es hija de la inspiración, es una obra de encargo; no es la estatua que los actores levantan sobre sus hombros para que el público la admire y la contemple, es la peana sobre la cual ellos se exhiben. Declaro sinceramente que me causa cierta impresión penosa ver un ingenio tan soberano como el del Sr. Echegaray plegarse á un papel tan secundario. Jamás he podido imaginarme á Lope escribiendo comedias para el lucimiento escénico de Josepa Vaca ó de Juan de Morales.

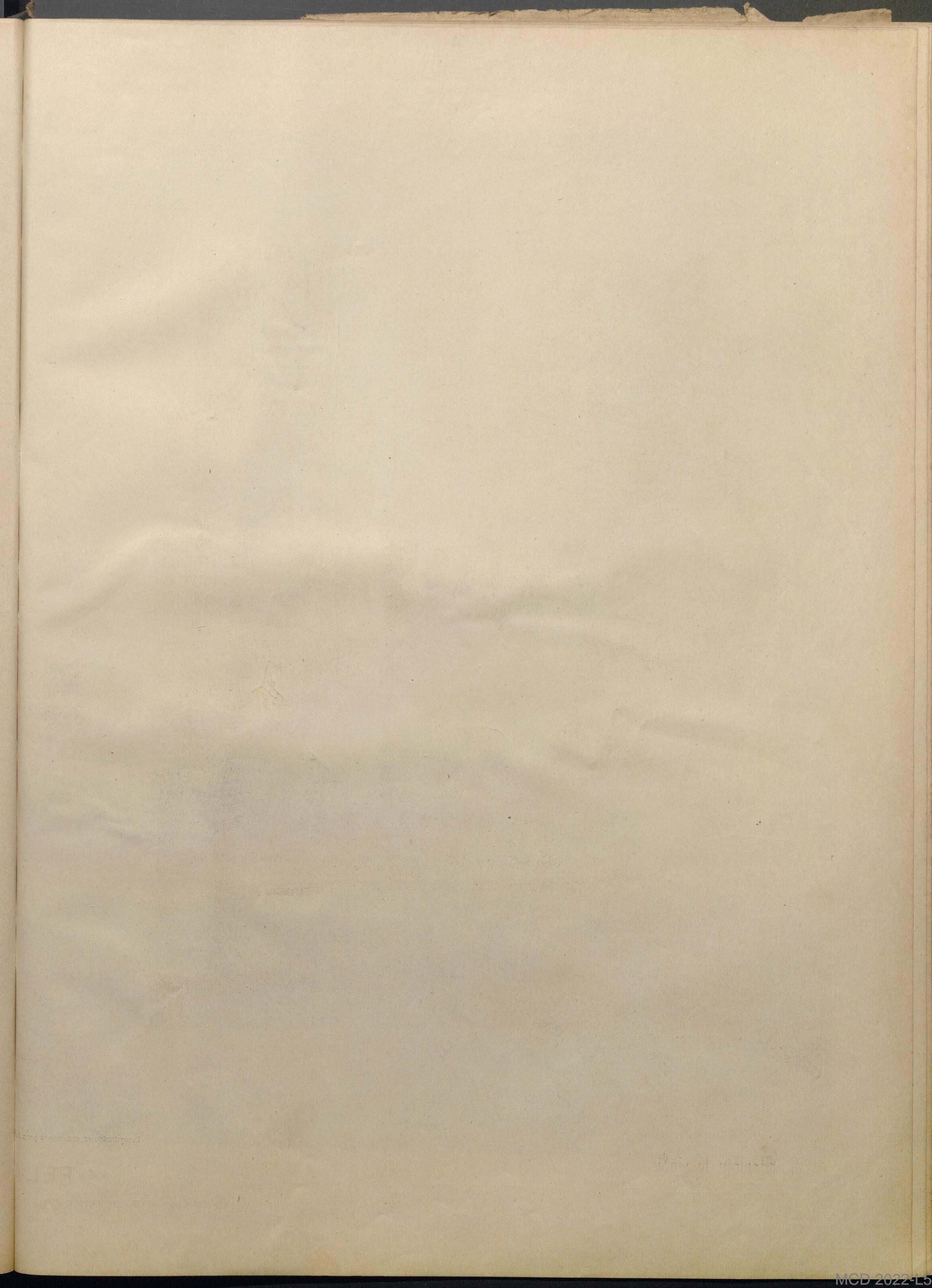
Aparte de este motivo generador de *Mariana*,

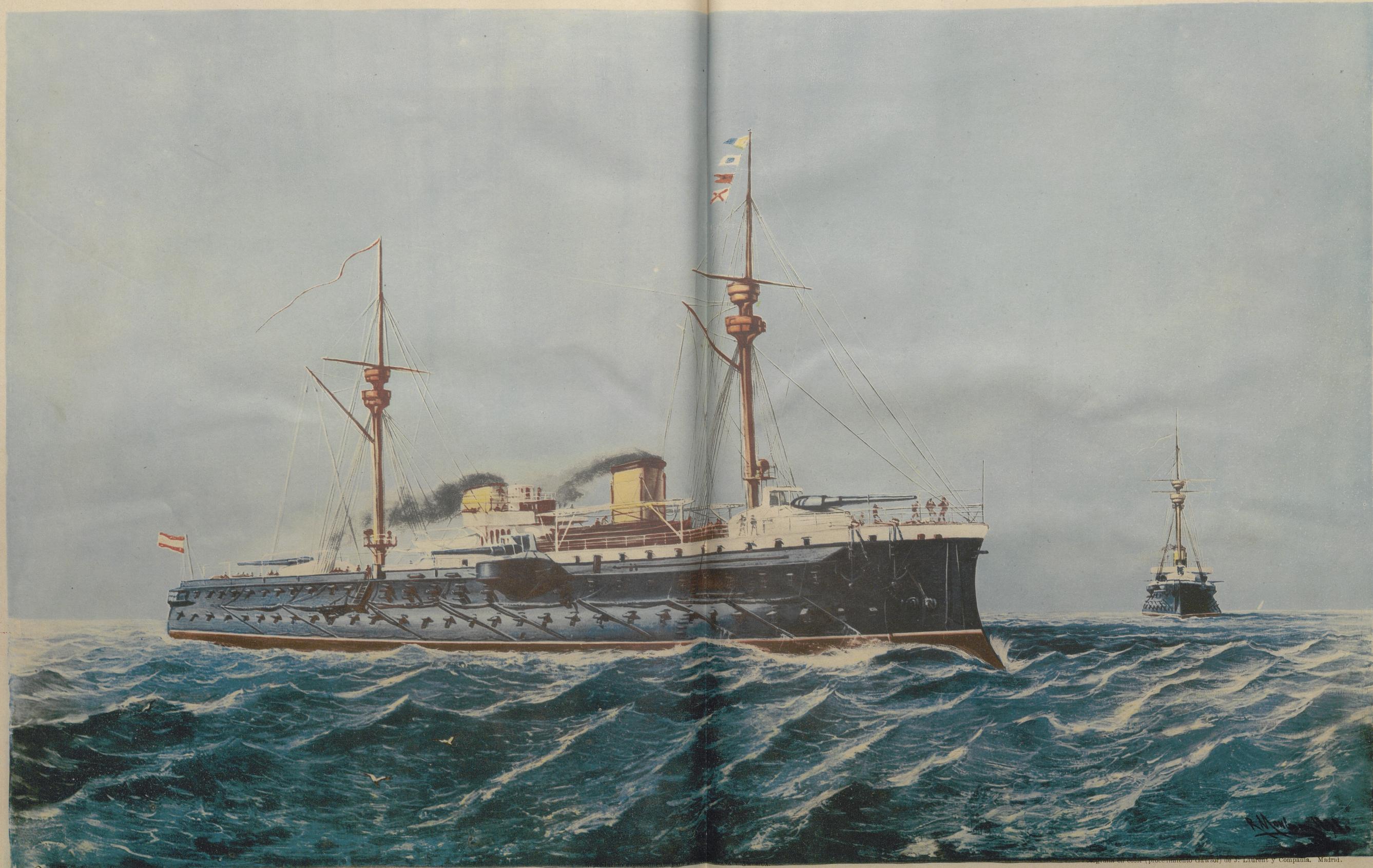


Jouguin dibujo la pinto

LA PLAZA MAYOR DE MADRID EN LOS DÍAS DE NAVIDAD

Fotogr. de J. LAURENT y C.ª.—MADRID





H. Monleón lo pintó.

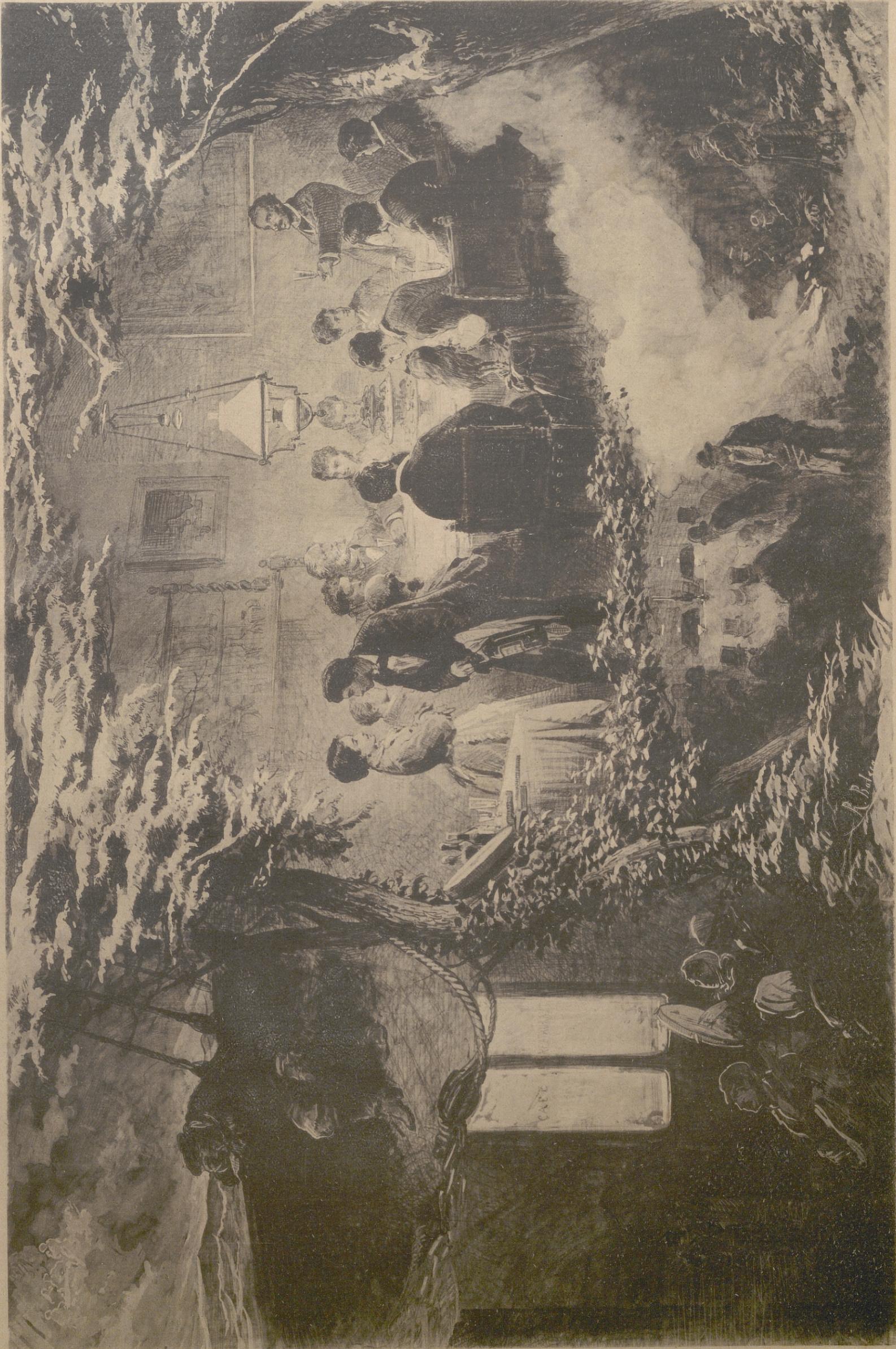
«PELAYO»

ACORAZADO DE PRIMER ORDEN DE LA MARINA ESPAÑOLA

Impreso en color (procedimiento Gaisner) de J. Laurent y Compañía, Madrid.

Copyright © 1994 by the American Library Association

0000-0000



FOTOG. DE J. LAURENT Y C.ª—MADRID

NOCHEBUENA

Ricardo Balazs lo dibujo.

no hay que buscar en ella una idea capital que abarque y domine á todas las demás, idea madre de cuyo tronco fecundo broten todas las ideas secundarias, como del árbol las ramas y de las ramas las hojas; esa idea capital y primera en toda obra verdaderamente artística, falta en la última del autor de *O locura ó santidad*. En *La vida es sueño*, ese pensamiento general está contenido en el título, y es como la cúpula del maravilloso drama de Calderón; en *Otelo*, es la pasión de los celos; en *Marta la piadosa*, la hipocresía; en *Don Alvaro*, la fatalidad; en *El tanto por ciento*, la usura; en *Consuelo*, la vanidad y el lujo; en *Un drama nuevo*, el adulterio; en *El gran Galeoto*, la fuerza sugestiva de la calumnia. ¿Cuál es ese pensamiento en *Mariana*? Podrá contestarse á esta pregunta diciendo: «El Sr. Echegaray se ha propuesto no desarrollar una tesis, ni siquiera presentar una afirmación en forma dramática; ha intentado hacer el análisis psicológico de un carácter de mujer; ha intentado, en una palabra, algo parecido en *Mariana* á lo que Ibsen ha hecho en *Hedda Gabler*. Sea; pero ¿lo ha conseguido? (1).

De esto de los análisis psicológicos en el teatro habría mucho que hablar. La escena es por naturaleza eminentemente sintética; tiene necesidad de reducir los días y hasta los años al breve período de unas cuantas horas; le es fuerza prescindir de los hechos pequeños para presentar los momentos decisivos de la existencia, y como es siempre el personaje quien habla, sin que el autor pueda explicar las palabras de aquél ni sus pensamientos, so pena de que sea el susodicho personaje un consumado filósofo que haya llegado á la meta de la sabiduría, al inalcanzable *nosce te ipsum*, imposible es que nos dé á conocer por sí mismo los misteriosos engranajes y las complicadas relaciones de la vida interior y que penetre en la región del espíritu, analizando allí una por una, las fibras inmateriales del alma. Sólo de una manera imperfecta, y siempre por medio de hechos escénicos, se logra dar idea de la vida interna; pero en rigor esto es presentar, no analizar, los caracteres. El análisis, propiamente dicho, supone nimiedad casi científica, y tan prolijo detenimiento que una y otro son completamente ajenos á las condiciones de la escena. Por esto creo, y los hechos hasta ahora lo confirman, que es estéril en el teatro intentar el análisis de los caracteres. Basta con que el autor acierte á expresarlos bien.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que si el Sr. Echegaray ha pretendido analizar un carácter no ha logrado por completo su propósito. No negaré yo que del infinito número de combinaciones que contribuyen á la formación de caracteres pueda resultar uno tan extravagante y original como el de Mariana. Que hay en el mundo mujeres medio locas, románticas en ocasiones, en ocasiones excepcionales, marisabidillas, fantásticas y gárrulas, cosa es tan evidente que no es necesario acudir al milagro para aceptarla de buen grado; los caprichos de los poetas no llegan nunca á igualarse con los caprichos de la realidad. Lo que si me parece extraordinario, y más que extraordinario, falso de todo punto, es que aquella extravagante criatura se pase sus mocedades estudiándose á sí misma y contándole á su novio y á su protector y al público, cuantas evoluciones y fenómenos se verifican en su espíritu. Merced á este trabajo interior, que envidiaría el más reflexivo filósofo, explica la joven cómo y por qué han nacido en su espíritu tales tendencias y cuales extravíos; coloca su propio ser en la mesa de disección y va mostrando, como pudiera hacerlo concienzudo psicólogo, la razón, y el origen, y las consecuencias de todas sus genialidades, exponiendo, en una palabra, la filosofía de su vida. Al oír la escuchamos al autor: no es una muchacha locuela la que habla, es un pensador de madura experiencia. Los amores de la joven no nos interesan. No ama como Margarita, como Ofelia, como Julieta, como Melibea, cediendo á esa fuerza divina que avasalla á todo cuanto vive; ama ó pretende amar de una manera *conscia* como decían los krausistas. Hasta su coquetería es reflexiva; no trae al retortero á Daniel y D. Pablo por vanidad y ligereza, sino como medios para el cumplimiento de sus vagos proyectos de venganza, no contra un hombre, sino contra todos los hombres. Porque Mariana discurre de esta suerte: «Mi madre se escapó con un miserable que acabó por maltratarla y abandonarla... luego todos los hombres son unos perversos.» Como se ve no es la lógica la cualidad esencial de estos caracteres originales. Amor, que todo lo puede, llega por fin á dominarla y á hacerle olvidar momentáneamente su rencor al sexo feo; pero una circunstancia imprevista la descubre que Daniel, á quien pocos momentos antes ha otorgado el dulcísimo *si*, es hijo del seductor infame á quien Mariana ha jurado odio eterno. Entonces la joven no se para en barras y entrega su mano á D. Pablo, á quien Daniel, ciego de cólera, insulta y desafía.

(1) Alguien ha creído ver en *Mariana* la intención de presentar los efectos perniciosos de la mala educación. No creo que el autor haya tenido semejante propósito; mas si por ventura se hubiera propuesto tal cosa, conveganos en que no ha salido adelante con su empresa. ¿Qué tiene que ver la educación de Mariana con su enamoramiento de Daniel y con todo lo demás que de este enamoramiento se sigue?

Este D. Pablo es un general bastante excéntrico, frío, valiente y pundonoroso. Se cuenta de él que, celoso de su honor, mató á su primera mujer. Pero este médico de su honra, á pesar de sus cuarenta y ocho años cumplidos y de su poca fortuna conyugal, y aunque Mariana es una jovenzuela de poco juicio que por añadidura no sólo no le ama sino que quiere á otro, no vacila en hacerla su esposa, sin duda decidido á aumentar con un nuevo caso su clínica especialista en curas de honor. Ya he dicho que D. Pablo es un valiente. Y á fe que buena falta hacen en la comedia unos cuantos maridos como él, porque además del conato de adulterio de Mariana juegan otros tres en la obra del Sr. Echegaray: el adulterio de la madre de la joven, el de la primera esposa del general y el inminente de la mujer de D. Cástulo. Para un sólo drama son, en efecto, demasiadas infidelidades.

En cuanto á Daniel sólo diré que es el galán joven de todos los dramas y melodramas: guapo, bueno, noble, valiente, apasionado, tipo ya consabido y que pasa de unas comedias á otras sin más alteración que el cambio de nombre; es el mismo que llora en las comedias de Feuillet, que jura amor eterno en las de Sardou, que prorrumpe en enamoradas endechas en los dramas románticos, y que tan indispensable es en las obras dramáticas modernas como el gracioso en nuestras comedias antiguas, ó como Polichinela en las farsas italianas.

Decía que D. Pablo da muestras de un valor á toda prueba casándose con Mariana. El epílogo lo evidencia cumplidamente. Daniel, valiéndose de un procedimiento bastante ingenioso, entra en la casa de su rival en la noche misma de bodas. Mariana, que ha despachado con cajas destempladas á su marido, recibe con los brazos abiertos á su antiguo novio y le explica la razón del rompimiento con él; el joven, delirante de pasión, le propone la fuga. Mariana se resiste, trata él de llevársela á la fuerza, grita ella, sale D. Pablo revólver en mano, y viendo por segunda vez en riesgo su honor... ejerce de nuevo de *médico de su honra* matando á su mujer y desafiando á muerte al amante infortunado.

¿Qué decir del epílogo calderoniano? ¿Qué hay de común entre el general D. Pablo, especie de Barba-Azul, destinado á matar mujeres, y aquellos D. Lope y D. Gutierre, personificaciones del honor español? D. Pablo, aunque otra cosa quiera expresar el autor, es risible; un galán de cuarenta y ocho años, que cree que le quedan quince todavía para hacer el cadete, es de una fuerza cómica extraordinaria. No inspira terror, sino risa. No es un hombre, sino un instrumento de muerte; entre él y su revólver apenas si existe diferencia.

En torno de esta acción, falta de toda realidad, que no conmueve, pero que deleita, ha agrupado el autor varios personajes, como D. Joaquín, el simpático protector de los dos amantes, D. Cástulo el arqueólogo, su mujer, el cortejo de su mujer y la hermana de D. Pablo, personajes los tres últimos completamente inútiles, y que podrían, por consiguiente, suprimirse sin que la acción sufriese el más pequeño detrimento. D. Cástulo, aunque necesario, puesto que en él estriba la peripecia más importante de la obra, es, más bien que un tipo cómico, una verdadera caricatura; en un sainete podría pasar; en una comedia dramática es inaceptable. Todo aquello de los peines, y de las herraduras, y del mechón de pelos de Asurbanipal ó de Amenofis, es propio de un artículo de Taboada, no de una comedia en que cabe, sí, lo cómico, pero nunca lo caricaturesco. La caricatura, además, sólo puede estar aislada ó mezclada con otras caricaturas: es una desproporcionada que necesita un mundo también desproporcionado.

Y al llegar aquí, no porque venga precisamente á cuento sino porque ahora se me ocurre, he de manifestar un escrúpulo que siento y que lealmente declaro. Estos defectos, que he señalado y que á mí me parecen garrafales, ¿son lunares sin importancia que ni afean ni deslucen las bellezas de una obra maestra? ¿No han alcanzado mis ojos á ver las perfecciones, y en su falta de alcance han confundido granos de arena en montañas enormes? No lo sé; pero si así fuese, me basta con reconocer la posibilidad de mi error.

He leído en la prensa entusiastas ditirambos en loor de esta comedia, se ha sacado á relucir á Shakespeare, se ha hablado de finalcalderoniano, de cumbres del arte de concepción maravillosa y de no sé cuantas cosas más. Nada de esto, vuelvo á repetirlo, he alcanzado á ver en la última obra de Echegaray; estaré quizás equivocado, pero haría traición á mi pensamiento si manifestase un entusiasmo que estoy muy lejos de sentir. Verdad es, que la factura de la obra es más perfecta que la de otros dramas del mismo autor, maneja mejor el poeta en este drama que en los otros suyos los resortes que siempre sorprenden al público, ha sabido dar á éste no pocas dedadas de miel, ha preparado hábilmente las situaciones de efecto, ha escrito diálogos llenos de viveza y de interés como el hermosísimo de la confesión, ha demostrado, en una palabra, que es maestro en el arte de hacer comedias, tan maestro que supera á Sardou y compite con Dumas; posee en el inagotable tesoro de su fantasía, siempre joven, joyas preciosas que derrama á granel en

el estilo, joyas muchas veces inoportunas, pero que deslumbran al espectador; sorprende, engaña, juega con el público, «transfigura el absurdo, como decía Revilla, con la fuerza de su genio»; pero aquella belleza grande de *En el puño de la espada* y de *La esposa del vengador*, aquella hermosísima concepción de *El gran Galeoto*, aquel conflicto del espíritu y la materia de *La Muerte en los labios*, aquel grandioso problema moral de *O locura ó santidad*, ¿tienen por ventura algo semejante en *Mariana*? Quizás esta comedia esté mejor hecha que las otras que he citado; quizás haya sido aquí mejor artífice el Sr. Echegaray, pero fué allí mucho más artista.

Claro es, que al hablar así no le comparo con la mayor parte de los poetas que abastecen el teatro moderno. El autor de *Mariana* está á muchos codos por encima de ellos. Comparo á Echegaray con Echegaray mismo, y le aplico la parábola de los talentos. Mucho debe exigirsele porque de mucho es capaz. Escritores hay á quienes es justo aplaudir si por acaso se encuentra algún poco de cobre en la mina de su cerebro. Al primero de nuestros actuales dramaturgos hay derecho para exigirle oro fino... oro del de veintidós quilates. Por esto, cuando en una obra suya se encuentran tantos oropeles como en *Mariana*, cuando se advierte la ausencia de todo pensamiento capital, cuando se echa de ver que los personajes son muñecos grandes como D. Pablo y Daniel, ó grotescas caricaturas como D. Cástulo, ó un amasijo de extravagancias como Mariana, cuando nos enteramos de todo esto, sin dejarnos engañar por los artificios de una factura pulida y, por decirlo así, bien labrada, experimentamos los sinceros admiradores del Sr. Echegaray una verdadera decepción.

Pasado el efecto de las situaciones, desvanecido el encanto pasajero de aquel estilo sugestivo, terminada la sorpresa de aquellos ingeniosos recursos, nos preguntamos, y después de todo ¿qué es *Mariana*? Y fuerza es contestar entonces: *Mariana* no es más que un pretexto para que se luzcan unos cuantos actores.

Si es éste, como yo creo, el propósito del señor Echegaray, cumplidamente lo ha conseguido. Jamás obra alguna ha sido mejor representada que *Mariana* en el teatro de la Comedia.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

CALDERÓN Y SHAKESPEARE

COMPARAR el trueno con el rayo no es posible; la naturaleza tiene expresiones sublimes que no admiten cotejación. El genio inglés se encarnó en Shakespeare, y apenas vivió cuarenta años el apogeo de la literatura inglesa; los autores coetáneos del gran poeta recibían alguna luz prestada, y brillaron con el frío resplandor de la luna; pero al consumirse aquella sublime antorcha, los cuervos sucedieron á las musas, y la gran Albión no tuvo más arrullo que el de las olas del Océano, que cuando se embravecían recordaban á Shakespeare.

En cambio vivió más de un siglo el esplendor de la literatura española. Aquí la llama del genio brillaba en siete poetas y tenía reverberaciones en otros muchos. *La Celestina* representa un primer fogonazo surgido entre el drama y la novela, que llegó hasta Inglaterra y avivó el genio inglés (1).

El teatro inglés está personificado en Shakespeare, mientras que al español lo expresan muchos ingenios con obras que no desmerecen unas de otras; de suerte que, comparando un teatro con otro, la cotejación es ventajosa para España, y, en cambio, si cotejamos aisladamente uno de nuestros autores con el gran dramaturgo inglés, en la comparación sale perjudicado nuestro autor, aunque este sea D. Pedro Calderón de la Barca. Sin embargo, considerado en conjunto el teatro calderoniano, ofrece algunas condiciones que superan á las que dieron más renombre y aplauso á las obras de Shakespeare, si bien es verdad que en la expresión de los afectos (esencia de la obra dramática). Shakespeare no tiene rival.

Dos años después de nacer Lope de Vega nace Shakespeare, y uno y otro, en sus respectivos países, como Ceres, transforman la vegetación virgen en cultivo fecundo; de las tradiciones, de las farsas, de los esbozos dramáticos de un teatro naciente, hacen brotar un vergel espléndido lleno de flores, una literatura vigorosa, que expresa el alma de un pueblo.

Aunque los ingleses conocían nuestras obras dramáticas, aun cuando algunas veces inspira-

(1) Efectivamente, *La Celestina* fué traducida y arreglada para la escena inglesa antes de que los españoles conociéramos la literatura de aquel país. Dice Collier, en su *Historia de la poesía dramática*, publicada en Londres en 1831, tomo II, pág. 408: «Hállanse ya rastros de *La Celestina* en el teatro inglés desde 1530.» Hay, además, una traducción inglesa hecha por Juan Mable (Londres, 1631, folio), que es muy notable por su energía, propiedad é idiotismos.

Por otra parte, dice el Conde de Schack: «Las causas religiosas contribuyeron poderosamente á cerrar la entrada en España á las obras inglesas. En cada línea que venía del odiado país, en que había caído el catolicismo, se temía encontrar el contagio pestífero de la herejía.»

ran en ellas (1), no puede inferirse de aquí que el teatro inglés naciera guiado por la imitación de la literatura española, porque el teatro inglés, como el español, surge de los elementos populares de ambas naciones y rebosa los caracteres propios de dos razas distintas.

Nada más opuesto que los dramas de Calderón y los de Shakespeare. y, sin embargo, es difícil encontrar dos genios más parecidos. Calderón es un literato metafísico, por lo tanto menos natural y más idealista; el público erudito que le escuchaba, el gusto literario, que de puro refinado era sutil y culto, la teología que estudió en la Universidad de Salamanca, la influencia del catolicismo, todo este medio ambiente moral y material, influyó en las obras del poeta, dándole ese barniz ingenioso, sutil, alambicado, que respira más las flores de la retórica que el hermoso aliento de la naturaleza; en cambio, Shakespeare es como Esquilo, rudo y grande, y más bien que las costumbres refleja las pasiones y los caracteres; parece que el ideal de Calderón es el honor, la caballerosidad y el amor castellanos, en tanto que Shakespeare tiene como ideal supremo la pasión humana, su proceso, su vida, su desarrollo, su muerte. De aquí se desprende, como consecuencia lógica, que Shakespeare menospreciara la originalidad de la trama (al extremo de no tener ni una comedia, ni un drama que pueda llamarse original), porque sólo atendía a dar calor de vida y carácter humano a lo que ya encontraba hecho; por el contrario, Calderón, no manejando otras pasiones que el honor del caballero español, los amores frívolos de la dama distinguida y el desenfado del pueblo, necesitaba una trama original y siempre distinta, para expresar invariablemente estas pasiones, ó condiciones españolas, más propiamente dicho.

Cuando Calderón y Shakespeare coinciden (y coinciden muchas veces) sus obras, sin embargo, difieren absolutamente; el español es ingenioso, vario, chispeante, y produce *emoción intelectual*; el inglés es rudo, pero humano, y produce *emoción sensible*. Calderón viste con su ingenio las pasiones y nos distrae con la riqueza del traje; en cambio Shakespeare las presenta desnudas á nuestros ojos, y nos hieren con más viveza las sinuosidades de sus contornos.

En *Otelo* y en el *Médico de su honra*, ambos escritores coinciden en el desarrollo de la pasión de los celos; la comedia de Calderón es más ingeniosa, más retórica, más culta; pero la de Shakespeare es más humana, y esto basta; aquél nos expone, por medio de una trama admirablemente combinada, las ideas de un celoso retórico, y éste nos hace llorar con Desdémona y estremecernos con Otelo, aquél nos produce una emoción más intelectual que sensible, y éste una emoción armónica y total.

Calderón tiene más cultura y mucho más ingenio que Shakespeare, pero este es más sensible y más observador.

Ya he dicho antes, y lo probaré con más amplitud, que las diferencias que les separan estriban en el medio ambiente material y moral que respectivamente les rodeaba; porque en la esencia, en lo que se refiere al elemento psíquico, opino que se hallan á igual altura, aceptando la frase de Victor Hugo, que dice: *Todos los genios tienen la misma talla, no hay ninguno inferior á otro.*

Si me admitís la frase, diré que Calderón *filosofa* y que Shakespeare *hace filosofar*; que Calderón piensa é impone sus ideas, mientras que Shakespeare impone los hechos y con ellos sugiere pensamientos. Así vemos, que al despertar Sly en casa del Yord (2), se conforma con la realidad y la acepta como es, en tanto que al despertar Segismundo en el palacio de su padre (3), dis-

curre y procede de tal modo, que parece significar una imagen simbólica.

En ciertas obras, Calderón y Shakespeare ofrecen recursos escénicos muy parecidos, aunque siempre diferenciados por las causas que ya mencioné. Vemos que Shakespeare evoca en la *Tempestad* á las hadas, á las brujas, á los duendes; y aquel enjambre de diablos se revuelve sobre las olas de mares ignotos, jugando con los elementos y haciendo á la naturaleza esclava de sus caprichos. Calderón en la obra titulada *Amado y aborrecido*, hace que Venus y Diana desciendan á la tierra y alboroten los mares, favoreciendo la independencia de la isla de Chipre, y haciendo apuestas sobre la mayor eficacia del amor y el odio. El poeta inglés representaba en sus magos á las brujas de las leyendas populares inglesas, porque Inglaterra era entonces mucho más supersticiosa que España, y Calderón nos ofrece unas diosas cultas, parlanchinas y sofisticas, como pudiera serlo una marisabidilla de su tiempo.

Los dos poetas buscan en la historia los elementos de su inspiración: el inglés con el objeto de hacer revivir pasiones y de galvanizar cadáveres, y el español con la intención de hallar un campo más propicio para que la gala de su ingenio florezca libre y espontánea, pero expresando siempre los rasgos característicos de su inteligencia pensadora, al propio tiempo que las condiciones esenciales del carácter español; ambos poetas, guiados por estos ideales, menosprecian la fidelidad histórica, y Calderón nos presenta á los romanos del imperio con arcabuces, y batiéndose al son de tambores, y Shakespeare á los griegos, anteriores á nuestra era, disparando terribles cañonazos.

Existe un asunto, en el cual coinciden Shakespeare y Calderón, este asunto es la historia de

CORIOLANO

Cayus Marcius fué un general romano del siglo V (antes de C.). Amaba á su patria y respetaba al Senado; era aristócrata, no por la sangre que había heredado, sino por la que había vertido; despreciaba al pueblo, no por menosprecio de la democracia que él no pudo comprender, sino porque veía en los plebeyos soldados ociosos que mendigaban el trigo que podían conquistar con las armas.

Los Tribunos de la plebe, encumbrados por el voto popular y no por el valor, le parecían ratas sobre un montón de estiércol.

Ganó el sobrenombre de Coriolano después de la toma de Coriolos, y al terminar la batalla del lago Regilli, los patricios pusieron en la frente del héroe una corona cívica.

Propuso la supresión de los Tribunos populares, y éstos le acusaron de traidor á la patria, consiguiendo que le desterraran de ella, á pesar de que había ensanchado sus dominios.

Coriolano salió de Roma jurando vengarse de la profanación que habían hecho en su propia persona. Ofreció su espada á los volscos, y volvió con ellos sobre la ciudad ingrata.

En aquellos momentos en que los volscos cercaban á Roma, salen al cerco, Veturia, madre de Coriolano y su esposa Volumnia; lloran á sus pies, rogándole que no asalte la ciudad, le ofrecen su vida para redimir al pueblo, y, al fin, conmovido Coriolano, siente que todas las lágrimas de su odio se endulzan con una sola lágrima de amor. Renuncia á la batalla y contrata con Roma la paz; los volscos huyen, y cuando él vuelve hacia ellos á darles cuenta del tratado, le asesinan por haberles hecho traición.

Esta es sucintamente la historia que refieren Plutarco y Tito Livio; en ella se inspiraron Calderón y Shakespeare. Este último prestó su sangre á las pasiones del general romano, las hizo vivir y palpitar de nuevo; en cambio, Calderón, de Coriolano solo tomó el nombre para bautizar con él á uno de tantos mancebos galanteadores como presenta en sus comedias (1).

Para comparar el genio de estos dos poetas nadie debe recurrir á la obra de que vengo hablando, pero el hecho de tratar ambos el mismo asunto pone de manifiesto con más vigor las diferencias que les separan, influidas y determinadas por el medio ambiente y el elemento psíquico.

Shakespeare comienza por presentar las circunstancias que rodean á Coriolano, como datos necesarios para la determinación de su carácter; antes de que surja el rayo amontona las nubes que son el antecedente indispensable; por eso, antes que á Coriolano, nos presenta á Veturia, su madre, á la leona que ha amamantado aquel cachorro. Los consejos que da la madre á su hijo son la preparación más lógica del carácter del Coriolano; ella le anima á adquirir la gloria de las armas; le transmite con sus caricias y con sus palabras el orgullo y el ardor del gran patricio que engrandece los límites de su patria con el filo de la espada.

—«Hijo mío, tu deber es pelear y tu deber vale más que tú y más que yo... son más dulces que tus besos tus cicatrices. Estoy orgullosa de haberte dado esa sangre que derramas en los combates.»

Hé aquí el lenguaje de Veturia. Coriolano ha vivido siempre en el estruendo de las batallas, y Shakespeare hace que ese estruendo le acompañe hasta en el retiro del hogar.

Por otra parte, como antecedentes también necesarios para el desarrollo de los hechos y el proceso de las pasiones, presentan el autor á la chusma del pueblo romano, que envilecida y hambrienta después de haber luchado en el ejército, sólo le queda ya el instinto del botín y no el valor del ciudadano.

Como el drama resulta del choque de estos dos elementos del pueblo encanallado, que no tiene otro ideal que satisfacer su hambre, con el intrépido caudillo que no concibe más prestigios humanos que los adquiridos en los campos de batalla, Shakespeare los presenta separadamente, con los matices que le son más peculiares; y, así comienza la lucha de Coriolano, nuevo *D. Quijote*, con aquel pueblo de *Sanchos* que sobre ser vulgares son ruines.

Shakespeare no se esfuerza como Calderón en describir pueblos siempre generosos y guerreros, siempre abnegados; sabe (por instinto acaso) que la belleza en el arte resulta de los contrastes de luz y sombra que ofrece la realidad y no de la vana pretensión de embellecer las cosas presentándolas con las virtudes abultadas y los vicios apocados; sabe también que cada carácter debe tener la lógica de sus pasiones, y con relación á ellas los hechos y las palabras, y por estas causas guiado, nos ofrece á Coriolano viviendo dentro de su ambición por la gloria futura y dentro de su orgullo por la gloria adquirida, sin que amorfos frívolos ó circunstancias extrañas turben la condición que le distingue.

Dados estos antecedentes, no hay nada más hermoso que la altivez de Coriolano en presencia de las acusaciones del pueblo. Se niega á dar satisfacciones ante los Tribunos de la plebe; pueden hacerle Cónsul brindándole su voto; pero él cree que es Cónsul por la propia virtud de sus hazañas.—«El consulado está en mi sangre, en mis heridas, en mi valor. Yo no necesito adular á esa canalla.»

Así habla Coriolano cuando le dicen que hálale al pueblo para obtener su apoyo.

Cuando el populacho le acusa de ser traidor á la patria, es soberbia y majestuosa la actitud en que Shakespeare nos presenta á Coriolano.

Entonces, Veturia comprende que ha despertado demasiada fiereza en el corazón de su hijo; aquellos sentimientos que le inculcó adquirieron una impetuosidad feroz al ser animados por la sangre varonil de Coriolano. Veturia está asombrada y horrorizada de su obra; siente orgullo y espanto.

—Hijo mío, no te propongo que te humilles; te ruego sólo que esclarezcas los hechos ante el pueblo, que confundas á los calumniadores.

Coriolano se decide á disculparse ante el populacho, pero como el águila que vuela sobre un montón de sapos.

Veturia teme que la actitud de su hijo irrite más las iras populares, y le ruega de nuevo que guarde cierto comedimiento.

Coriolano promete ser comedido, como un rinoceronte pudiera prometer amabilidad y cortesía; llega ante la Asamblea, ve reunidos á aquellos hombres á quienes en el campo de batalla azuzó muchas veces llamándoles cobardes, siente que el hedor de la plebe se le sube á los labios, y la mira fosco, inquieto, terrible.

Llega el momento de hablar: en las primeras palabras, Shakespeare presenta á Coriolano como á un león que se empeña en ser gato; nada más hermoso que aquel rugido pretendiendo ser mayido, y nada más sublime cuando le ciega la cólera, al ver que la plebe le interrumpe; nada más hermoso, digo, que las imprecaciones valientes y los apóstrofes espantosos que arroja sobre sus detractores.

Parece que á Coriolano se le escapa el alma por los labios, retumbando como un trueno.

Cuando sale derrotado por la Asamblea, los Tribunos de la plebe, que ascendieron á favor de los votos, se gozan en humillar á aquel hombre que ascendió á favor de su espada.

En el drama de Calderón de la Barca, Coriolano parece un muchacho hablador, aventurero y enamorado. El autor traslada la acción á los tiempos de Rómulo, y, sin embargo, nos presenta á Roma, dominando al mundo, dueña de España y de Africa y rival de Jerusalén.

En esta obra, titulada *Las armas de la hermosura*, no se trata de pasiones históricas, sino de mostrar que una mujer hermosa es capaz de conseguirlo todo. Coriolano vive en perfecta armonía con el pueblo, nadie le odia, todos le quieren, y el conflicto nace porque el Senado prohíbe á las mujeres que gasten joyas y afeites, y Coriolano, cediendo á las instigaciones de Veturia, *su novia*, se levanta en armas contra los legisladores que decretaron en contra de las galas de la belleza femenina.

Verdad es, que aun en este drama, uno de los más insignificantes de Calderón, está admirable-

(1) *Los dos gentiles hombres de Verona*, de Shakespeare, provienen de una novela imitada de *La Diana*, de Montemayor. El Conde de Schack, en su *Historia de la literatura y arte dramático en España*, inserta una larga lista de obras inglesas que en el siglo XVII fueron inspiradas, imitadas y casi traducidas de obras dramáticas españolas; pero no son completos los datos recogidos por el Conde de Schack, y tengo motivos para creer que la influencia de la literatura española en la dramática inglesa es más eficaz y más antigua de lo que supone el erudito escritor alemán.

Dice el Sr. Conde de Schack, que la traducción inglesa más antigua de una comedia española (prescindiendo de *La Celestina*), es una de Sir Richard Faushaw, de 1649, titulada *To love for love's sake*, de *Querer por solo querer*, de Antonio de Mendoza; pero Luis Theobal, escritor inglés de principios del siglo XVIII, ardiente defensor de Shakespeare contra Pope, y cuyo testimonio es irrecusable, dice que en 1592 ya era antigua en Londres, y muy famosa entre los autores ingleses, la traducción de un drama español, titulado *Jerónimo o la tragedia española*. El testimonio de Theobald se halla corroborado por el mismo Shakespeare en el prólogo de su obra *The Taming of the Shrew* (La doma de la Tarasca), en el cual prólogo hace una alusión á dicha obra, alusión clara y que no deja lugar á duda. No es fácil averiguar quién sea el autor español cuya es la tragedia *Jerónimo*, porque al ser traducida debió perder su verdadero título y aceptar en cambio un bautismo completamente inglés. Yo, al menos, en el utilísimo catálogo de Barrera no he encontrado el título de la obra mencionada, y las condiciones de este artículo no reclaman de mi mayor esfuerzo que el que ya dejó consignado. Ahora bien; las notas puestas por M. de La Tourneur, á su traducción de Shakespeare (Paris, 1782), vienen á corroborar la tesis que vengo sosteniendo, y aun me parece que debo mostrarme menos apasionado de España que lo está M. de La Tourneur, porque este escritor notabilísimo parece indicar, con alguna frecuencia, que Shakespeare se inspiró varias veces en *Don Quijote de la Mancha*, y yo creo que el gran autor inglés no conoció las obras de Cervantes. Me parece tener fundamento bastante para afirmar que la influencia de la literatura española en la inglesa fué mayor de lo que vulgarmente se cree y en lo que se refiere á la antigüedad de esta influencia, yo creo que data desde el siglo X, y no por los embajadores ingleses que vinieron á España, como dice el Conde de Schack en su obra (que aparte de estos menudos rozamientos, es notabilísima y digna de toda ponderación), sino por la llegada de las compañías aventureras inglesas y francesas que entraron en territorio español á defender la causa de D. Enrique contra D. Pedro el Cruel y viceversa.

(2) Prólogo de *La doma de la Tarasca*: ó como traducen los franceses: *La mala mujer vuelta á la razón.*

(3) *La vida es sueño*, acto 2.º

(1) No tan sólo Calderón y Shakespeare llevaron á la escena la gran figura de Coriolano, sino que este patricio es el héroe que acaso ha inspirado á más poetas dramáticos. Hardy, autor francés imitador de Lope de Vega, escribió una tragedia titulada *Coriolano*, por lo cual se le dió el sobrenombre de fundador del teatro francés, más bien atendiendo á que era aquella la primera producción aceptable, que al mérito de la obra; y después, sobre el mismo asunto, escribieron Chapoutou, Chevreau, el abate Abeille, Chaligny de Plaines, Manger, Richer, Gudín, La Harpe, Durier, Jeau Desnuit, Thomas Lheridan, Thomson y algunos otros.



INSTALACIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

FOTOG. DEL NATURAL POR J. LAURENT Y C.ª

mente presentada la pasión del padre de Coriolano que, como juez y senador, se ve en el caso de sentenciar á su hijo; pero esto mismo es más notable por el ingenio que revelan los pensamientos y los recursos escénicos, que por la fidelidad de las pasiones.

Shakespeare nos presenta á Coriolano peleando contra los volscos, y diciendo á sus soldados cuando ve que huyen:

—¡Perros! ¡Miserables! ¡La lepra os consuma! ¡Yo creí venir con romanos y he venido con escarabajos!...

Calderón presenta á Coriolano peleando con los sabinos y haciendo prisionera á una tal Astrea, mujer del rey enemigo, y siendo tan galante con ella que la deja en libertad y la manda custodiada hasta el campo de Sabinia.

El Coriolano de Shakespeare mira en su mujer un instrumento, en su pueblo una jauría y en su orgullo militar un Dios.

El Coriolano de Calderón sólo atiende á los caprichos de su dama; por ser galante es mal ciudadano, por ser galante es guerrero y para ser galante parece que vive, porque en él vale más la galantería que la espada.

En vista de estos efectos, podemos deducir que las diferencias capitales que existen entre la literatura dramática inglesa y la española, son dependientes de causas históricas, de la educación moral é intelectual de los autores y aun de las condiciones del medio ambiente material.

Ha dicho un célebre escritor acerca de los poemas de la India: «El sol del Asia brilla en ellos.» Análogamente pudiéramos decir de los dramas de Shakespeare: «Las nieblas de Londres están amontonadas en sus obras.» La inteligencia no puede sustraerse á las impresiones que recibe en el mundo que la rodea; hasta la luz y el aire dejan un sedimento en el alma del poeta; cada país despide un perfume particular, y el espíritu de sus habitantes se impregna de ese olor.

Shakespeare había buscado en la historia de Inglaterra las fuentes de su inspiración; pasaba febrilmente las hojas de aquel libro que chorrea la sangre de las familias de York y de Gloucester; en su lira se robusteció la fibra del odio, que casi era la única que debía vibrar al referir las pasiones de las dinastías inglesas; Shakespeare mojó la pluma en el corazón del asesino de los hijos de Eduardo; puso los ojos en el lecho adúltero de la Reina Margarita, esposa de Enrique VI; escuchó el delirio del Cardenal asesino de Gloucester; se estremeció con las imprecaciones de los hijos de York, queriendo vengar á su padre; oyó las voces de los reyes, azuzando á los piratas ingleses contra los buques mercantes españoles, ejerciendo la piratería desde el trono; no descubrió en los palacios ni un suspiro de amor noble y santo, ni un sueño tranquilo, ni una hora de sosiego, sino que por todas partes oía el rugir de un mar de sangre, donde nadaban las cabezas de Suffolk, Clifford, Warwick, Rutland y otros muchos que murieron asesinados con el pecho rebosando odio y ambición.

Shakespeare, en su mocedad, fué más bien seducido que seductor; cautivado por los halagos de una mujer que tenía más edad que él, cayó en el matrimonio como al pájaro en el lazo, donde se oculta la liga bajo las flores; después abandonó á su mujer y se dirigió á Londres.

Vivió en la gran ciudad entregado á las inspiraciones del arte; acaso tuvo pasiones tumultuosas, refrenadas y contenidas por respetos á su familia; acaso nació en su alma el sentimiento de un amor ideal, dulce, tranquilo, y tuvo también

que vencer estos impulsos de su corazón. Sin duda, fué su existencia una lucha terrible sostenida consigo mismo, en la cual todos los sentimientos se apuraron y todas las fibras del alma se conmovieron. Es el caso, que todos los afectos, que todas las pasiones le son familiares, desde la ambición desmedida de un York á los celos frenéticos de un Otelo. Su inteligencia es como la muerte que visita todos los cuerpos. Los amores de Romeo y Julieta, son una flor en medio de ese zarzal de espinas sublimes que representa el teatro inglés, pero esa flor se deshoja. Shakespeare tenía el alma herida y amargada, y arroja una gota de hiel y otra de sangre sobre el idilio más tierno.

Shakespeare es el cielo nublado; Calderón es el cielo hermoso y limpio de Castilla; no tiene los furios del rayo, pero brilla con la majestad del sol.

Calderón, al leer la historia española, no vio tanta sangre como Shakespeare en la de Inglaterra. Los palacios de España oían á familia y no á cementerio; la criminalidad de los Reyes en Inglaterra era una escala para subir y en España para bajar.

Además de esto, nuestros trovadores cantaron las hazañas de los Monarcas: atenuando sus odios feroces y haciendo resaltar su hidalguía y caballería.

Las sospechas que recayeron sobre D. Alfonso de haber asesinado á su hermano D. Sancho, fueron causa bastante para que se tambaleara un trono en las manos de Rodrigo de Vivar; Don Enrique el Bastardo adquirió el apoyo de la opinión popular, porque no tenía sobre la conciencia tanta sangre como su hermano; la unificación de los reinos españoles se verificó, en su mayoría, por medio de matrimonios, y lo que se hizo en Inglaterra con la fuerza del puñal, se consiguió en España con la dulzura del amor; y en presencia de todos estos espectáculos, los poetas españoles aprendieron en las fuentes de la inspiración histórica, que la mano de una mujer vale más que un Estado, y que la generosidad y la ternura son más poderosas en el alma que el odio y la ambición.

Ellos vieron á D. Rodrigo desfallecido en los brazos de la Cava; á Doña Juana, esposa de Felipe, muerta de amor por su marido; á Marsilla espirando sobre el cadáver de Isabel; á D. Fernando de Aragón gobernar como Rey y obedecer como amante; ellos vieron que el perfume de los idilios penetraba en los camarines de los palacios purificando la atmósfera de la ambición, y escucharon que Bocaccio nos refería los amores del cruel D. Pedro con Lise Puccini, hija de Bernardo Puccini, boticario de Palermo, y vieron que aquella fiera coronada, sensible al amor, acudió junto al lecho de Lise moribunda.

Atendiendo á estos precedentes, los personajes de Calderón, aun siendo Reyes, aparecen en primer término caballeros, nobles y enamorados; hasta la Reina Semíramis, que es el prototipo de la ambición, según nuestro poeta la presenta, hay un momento en que vuelve con amor los ojos hacia uno de sus capitanes.

En fin, Calderón, hijo de una familia ilustre, no tuvo que luchar, le sonrió la vida y le halago el mundo; además, la metafísica y la influencia religiosa amenguaron en él ciertas rudas espontaneidades que acaso sintiera.

Vemos, pues, que la naturaleza y la historia nos señalan las causas de las diferencias que existen entre los teatros inglés y español.

RAFAEL TORROMÉ.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

Excmo. Sr. D. Miguel Villanueva y Gómez.—Véase la pág. 590 de este número.

El figón.—Insertamos en este número este bonito busto en bronce que el excelente escultor Sr. Mani ha presentado en la actual Exposición Internacional de Bellas Artes.

La Plaza Mayor de Madrid en los días de Navidad.—Este precioso cuadro del Sr. Araujo ha perpetuado en el lienzo una popular costumbre del pueblo madrileño, que ya va desapareciendo; costumbre que convertía el extenso espacio de la Plaza Mayor en un desfile de alegres familias, que iban á comprar los turronecillos y el pavo de Navidad acompañadas de la gente menuda de la casa, la cual á su vez volvía con ruidosos tambores y panderetas para tormento del vecindario pacífico y soñoliento.

Alegoría de la Nochebuena.—El malogrado y notable pintor Sr. Balaca ha dejado en esa composición una serie de escenas conmovedoras, que simboliza los azares de la humana existencia y lo desigual que se reparten entre los hombres los dones de la fortuna; la Nochebuena no es igual para todos: el marino, el soldado, el pordiosero, el potentado, son aspectos distintos que dan á tan solemne fiesta bien diverso carácter.

Instalación de los Estados Unidos de América en la Exposición histórico-americana.—Léanse los artículos del señor Sañudo Autrán sobre este asunto.

Don Pelayo.—Nuestra fototipia, tomada del natural expresamente para esta Revista, representa la estatua en bronce que la ciudad de Gijón ha levantado el héroe iniciador de la guerra de la Reconquista española.

El eminente artista D. José María López es el autor de esta magnífica escultura, cuyos detalles acusan gran maestría y son un timbre de gloria para su autor.

ADVERTENCIAS

Con el presente número repartimos á nuestros abonados la magnífica lámina que les tenemos prometida, representando el buque acorazado PELAYO, de nuestra marina de guerra.

Esta cromotipia, hecha en los reputados talleres de Mr. Laurent, es copia exacta del cuadro del ilustre pintor Sr. Monleón.

Ponemos en conocimiento de nuestros abonados que en breve se pondrán á la venta en esta Administración unas preciosas tapas para encuadernar el presente año de nuestra revista.

Las personas que las deseen pueden dirigirse á esta Administración.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRESA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS Miguel Servet, 13. — Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc. — A media y una peseta la caja.

CAFE NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo. — A una peseta caja.

TONICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad. — Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO
POR F. MORALES SÁNCHEZ

En publicación.

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por Victor Hugo, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados jurisperitos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.



Jose Maria Lopez sculp.

FOTOGRAFIA DE E. MARQUERIE.—GIJÓN.

DON PELAYO.—ESTATUA EN BRONCE

